

Mariano Latorre

Un poema del mar y tres estampas de la tierra

A Yinia Pacull L.

LAS TRES OLAS

Sólo una voz adormecedora y un sucederse de olas y de espumas, que florecen y se extinguen, es el mar para el que no está habituado a su perenne variabilidad.

No pasarán inadvertidos para él sus colores esenciales: azul, verde y blanco, en que se funden a menudo el cielo, el mar y la espuma de las olas.

Advertirá la fuga o el reposo de las nubes en la recta acorada del horizonte, el vuelo oblicuo de las gaviotas y el acrobático zambullirse de los piqueros y pardelas, pero el ritmo de las mareas, contacto misterioso del océano con la eternidad de la vida cósmica, será para él siempre un enigma.

Si es la pleamar la que hincha las aguas y es en el verano, cuando el Sur, el viento de América, dormita con un ala sobre el horizonte, para el marino, para el pescador, para el habitante de la costa, el mar no es únicamente una voz y una gama de cambiantes colores.

Aunque no acierte a comprender el portentoso fenómeno

de las mareas, sabe que hay algo superior que lo determina. Algo que está fuera de la tierra y del mar.

Para ellos, las olas obedecen a un invariable mandato: tres olas, tres mares, según su decir, que cumplen su destino, aunque el viento descomponga muchas veces su armonía.

Los ríos del sur corren pausadamente hacia el mar y el mar penetra sus corrientes tierra adentro. Las tres olas, que los ribereños denominan las tres Marías, apaciguan el ímpetu de las aguas, ensanchando las márgenes de los ríos. Y el fenómeno se repite en los ríos del valle central. Las tres olas, nacidas casi simultáneamente, no logran detener los deshielos andinos y es la barra el escenario, donde pelean las nieves y el mar.

Desde el amanecer de los tiempos, la cordillera costeña defiende a Chile, los pies hundidos en la salada movilidad de las aguas, pero el mar carcomió el granito y ha moldeado bahías y playas, que mojan las olas, decorándolas de fugaces crespaturas nevadas.

En el transcurso del tiempo luchas verdeantes y flexibles cochayuyos, se enraizaron en las rocas y junto a ellos se cuajó el milagro del erizo, bajo su coraza espinuda y entre valvas negriazules, el tesoro dorado de los choros.

Pensemos en un mediodía y en una pleamar, uno de tantos mediodías y de tantas pleamares en la historia de la tierra y del océano.

El aire ha disuelto su invisible oxígeno en los átomos del agua en movimiento.

La hora es propicia. Una ola acaba de nacer y sólo unos minutos ha de durar su infancia.

Enorme, plena de vital decisión, rueda hacia la costa. Se detiene, sin embargo, antes de llegar. Parece encogerse como un hombro verdiblanco que oculta el horizonte y se desploma súbitamente en un vértigo de aguas enloquecidas: blancos mechones que se irisan al herirlos la luz, curvas cascadas que se tornan ríos, ríos que se arremansan en lagunas y lagunas que, al

libertarse de su efímera prisión de espuma, inundan con estruendo la gradiente de la playa.

En su milagrosa pesca, chillan ebrios los pájaros del mar. Suben y descenden, taján el aire o rompen el agua sus alas ágiles y sus picos agudos, persiguiendo el plateado cardumen que nada entre los borbotones de la ola deshecha.

A lo largo de la costa va apagándose, poco a poco, el eco prolongado de un trueno.

La ola, como si temiese la amenaza inmóvil de la tierra, se recoge velozmente hacia el mar.

Y se yergue, corre y se comba ruidosamente la segunda ola para chocar con la que vuelve al seno del mar.

Son hermanas, hijas del océano, pero enemigas irreconciliables.

Semejan dos monstruos marinos que entrelazan con furia sus cuellos de espuma, evocando una lejana lucha de los mares primitivos.

Y ya ha nacido la tercera ola. Nada sabe de sus antecesoras, pero avanza como ellas, hacia la costa.

Ciega, rugiente, se arroja sobre las otras olas en lucha y el violento choque se reproduce en forma diversa. Penachos de espuma que se encrespan y se enredan en torbellinos de hervores. La avalancha revienta sobre la playa o se pulveriza en el cantil de las rocas.

Y el mar acalla su voz y parece adormecerse. Sólo un murmullo de burbujas que nacen y mueren sin término escalofría las aguas verdiazules, donde flotan anudados huiros y manojos de cochayuyos, arrancados de la piedra.

Paradas en las rocas, sestean las gaviotas y alcatraces, hartos de sardinas y pejerreyes.

Pestañeantes, fluctúa a lo lejos un vuelo de patos liles.

Retozan los lobos en esta tregua del mar. Se zabullen y alzan las cabezotas, chorreando agua. Un segundo, platean en los negros hocicos las corvinas que tragan sin saciarse nunca.

Y nuevamente el mar comienza a desperezarse.

Otra ola, que luchará con la segunda y arrastrará a las dos hacia la muerte, germina ya en su vientre creador.

Es un instante y al mismo tiempo es la eternidad. Son algunas horas, las de la marea y son siglos también.

La vida de la tierra y la vida universal, cuyo origen se desconoce y cuyo futuro se ignorará siempre.

LA BANDURRIA Y EL CHUNCHO

A A. Benavente

La bandurria es vega y selva, al mismo tiempo.

Para caminar en el fango posee unos tarsos finos, ágiles, incansables; para volar, unas alas poderosas.

En el tremedal verdinegro borbotan ocultos manantiales y en el cercó de totoras y junquillos se zabullen las ranas y nadan, zigzagueando, los resbalosos coltrahues.

Ha de ser, mirado desde lo alto, una lámina lustrosa por donde patinan las nubes y se espeja el vuelo bicolor de las bandurrias.

Hermana aristocrática del queltehue y de los huairavos es la bandurria, pero su clau clau, corneta de infantiles sonos, supera al estridente alarido del queltehue y al huac huac de zorro de los nocturnos huairavos.

Huaraquí, llaman los mapuches a las bandurrias y fijaron sin duda, en esas sílabas primarias la magia del sonido.

Acompasado, colorido, el vuelo de las bandurrias estiliza los altos cielos del sur, pero pierde su área prestancia al tocar la tierra.

Las alas, dueñas del viento, son, ahora, una pesada túnica de raso; los delgados zancos apenas sostienen la macicez del cuerpo y al andar torpemente en el pasto o en el barro, dan la impresión de obesas señoras que aún presumiesen de esbeltas.

Por el armonioso óvalo del cuerpo, por la fina cabeza de brillantes pupilas y el aguzado pico recuerdan a los ibis del Nilo arcaico y al desierto y a las palmeras, pero la semejanza es ilusoria, porque la bandurria del sur de Chile pertenece a un mundo nuevo, donde el roble reemplaza a la palma, el arroyo al río y los caciques mapuches, enterrados en el fango, a las momias de los faraones.

Sin embargo, su vuelo encima las copas de los árboles y se adueña del cielo, alejándose de la vega y del pasto donde merodean sus plebeyos congéneres, el huairavo y el queltehue.

Y algo misterioso e inasible, resto de las primeras edades del mundo, hay en su aislamiento, en la elegante plenitud de sus líneas y en la melodía de su canto, que los mapuches, poetas del paisaje, atribuyeron a potencias ocultas, a desconocidas divinidades que protegían la vida de las bandurrias. Un refrán del rústico idioma lo inmortaliza: El que mata a una bandurria muere en el año. Y la enigmática agorería mapuche pasó al colono mestizo y al alemán, llegados al sur a fines del siglo XIX.

A pesar de su vida solitaria, de su altiva soledad, un enemigo pequeño, solapado, la vigila y la persigue, cuando escarba en la vega o camina entre las gramíneas de los pastizales: el chuncho.

El chuncho, bolita de grises plumas, cabeza redonda, hundida en el cuello, como el maleante en su bufanda. Dos ojos circulares, ígneos rayos de oro y un pico afilado, que taladra huesos y taja tendones.

Disimulado entre las ramas u oculto en el pasto o en las totoras, acecha el instante propicio para lanzarse sobre el choroy o la torcaza que duerme en el ángulo de dos ramas o persigue sin desfallecimiento a los ratones o a las bandurrias, con las cuales no puede luchar cuerpo a cuerpo.

Si el éxito lo acompaña, su garganta se infla petulante y arroja su estrepitoso chochochó, signo de muerte para el mapu-

che, mientras su corvo pico casca el cráneo de la víctima y saborea con deleite sus sesos aún tibios.

No me olvidaré del drama alado que me tocó presenciar una tarde de verano, en un rincón de una selva del sur.

En viaje a las cordilleras, quebrado muro de rocas azules y de blancos neveros en el fondo del paisaje, descansábamos bajo la sombra de unos robles:

El sol declinante se esfuminaba en una áurea polvareda entre los árboles.

En el pasto, en la vega y en los matorrales, sombras densas aguardaban la noche. Y en el silencio, cada cierto tiempo, dos silbos, dos notas fugaces y dulces: el huío vigilante de los bosques.

Un silencio repentino, sobrecogedor, largo escalofrío sobre el paisaje, anunció la aproximación de la noche.

¿Qué pasaba en la selva en ese instante?

Nadie habría podido decirlo con certeza. Quizá era la selva que se aprestaba a dormir, si la selva duerme alguna vez.

Tal vez un zorro que llegó hasta el borde del pantano, azorando a las taguas y pollollas o el vuelo de seda de una lechuza que dejaba su escondrijo diurno o lo más seguro: un chuncho que se metió entre una bandada de choroyes, recién llegados al bosque.

Era algo vago, indefinible, pero que percibíamos claramente, sin embargo.

Oía a cada instante, el ter ter de los queltehues. Imaginaba sus sesgados vuelos sobre el pastizal. pero la clave de la agreste sinfonía era siempre el clau clau de las bandurrias solitarias.

Pasó, cerca de nosotros, una bandada de seis. Oro y carmín fueron sus alas al cruzar la zona de luz; luego, retazos aleteantes de sombras.

Volaron, al principio, a ras de tierra, elevándose hasta las copas de los árboles. Se posaron en el esqueleto de un roble seco y el roble pareció germinar por arte de magia.

No se detuvieron mucho tiempo. Abrían y cerraban sus

alas, presa de medrosa inquietud. Bajaban a las ramas inferiores y volvían a las más altas. Su serenidad cotidiana la trastornaba algo inusitado. Por último, se internaron hacia el corazón del bosque.

Daban, por segundos, la impresión de girar, en torno a un centro invisible. Repentinamente la bandada se dispersó. Sólo una permaneció en el aire. Movía sus alas, extendiéndolas y cerrándolas, como si hubiera enloquecido. Era una danza quebrada y sorprendente. Las rémiges de sus alas se abrían como los traslúcidos dedos de una bruja. El equilibrio lo perdía a cada instante, pero, en un esfuerzo supremo, lo recuperaba.

Por último, se precipitó a tierra vertiginosamente.

Nos callamos, perplejos. Un camarada observó, zahorí:

—¡Es una bandurria vieja: un síncope la ha sorprendido en el vuelo. Así morirán algunas.

Asentimos, convencidos:

—Puede ser.

Pero el guía, un muchachón de voz triste y afable además, destruyó las sabias conjeturas con estas palabras simples:

—Cuando mueren, mueren en la tierra, su mercé, pero nunca volando.

Y agregó, risueño:

—A ésa, la mató un chuncho.

—¿Cómo un chuncho?, preguntamos en coro.

—Algo igual vi cuantú'há en la hijuela del finado mi paire, pa Loncotraro. Podemos ir a verla.

Eché a andar sin esperar nuestro asentimiento y nosotros lo seguimos. Equilibrándonos sobre un puente de piedras resbalosas, cruzamos un arroyo. Sorteamos troncos, unos detrás de otros. Nuestro guía corría adelante. Se detuvo en un claro; se inclinó sobre el pasto y nos hizo señas para que nos acercáramos.

Allí estaba la bandurria, abiertas las enormes alas. Sus patas eran pequeños puños crispados; el largo pico pescador, un

negro punzón colgante. La tomó el guía en sus manos y abriendo el transparente abanico del ala izquierda nos mostró los músculos interiores, ensangrentados por una profunda llaga.

—¡No ve su mercé! Al volar la bandurria, el chuncho se le metió debajo del ala y fué cortando los nervios.

Resplandecía su cara morena de satisfacción al ver comprobadas sus palabras. La cogió, luego, de las patas, poniendo en su mano derecha la cabeza:

—¿No ve la quebradura, su mercé?

Y daba la impresión el cráneo de una nuez cascada torpemente para encontrar el meollo.

El guía, verboso, seguía explicando:

—El chuncho se vino de alivio, su mercé, con el cuerpo de la bandurria. En el suelo le partió la cabeza para sacarle los sesos, que le gustan mucho.

Mirábamos al enorme pájaro, abatido por su mínimo enemigo.

Sin que lográsemos precisarlo, una emoción rara nos ablandaba los nervios.

Pregunté al guía: —¿Y el chuncho?

Mis amigos me miraron risueños, porque la misma pregunta ya se la habían formulado ellos.

—Por ey ha d'estar, entre las ramas o en el pasto, contestó el guía.

Se hundían inútilmente nuestros ojos en la maraña de ramas y de hojas. Tampoco lo habríamos advertido. La luz se iba extinguiendo y de las brasas del sol no quedaban sino grises partículas de ceniza, flotando entre los árboles. Y como si el astuto merodeador de la selva hubiera escuchado nuestra palabra, resonó súbitamente su chochochó de mal agujero. A lo mejor nos anunciaba una nueva muerte. Podía ser el mismo, como podía ser otro. El drama seguiría repitiéndose, s.n que nada ni nadie pudiera impedirlo nunca, mientras hubiese pájaros y chunchos.

Decidimos proseguir nuestro viaje. Fuimos en busca de los caballos. El guía tiró al pasto el cuerpo de la bandurria. Ahora le llegaba el turno a los ratones y a los jotes.

Al salir, sombras húmedas se habían posesionado de la selva: El cielo de estío estrelleaba sobre las copas de los robles. Lejano, purísimo, casi sonoro. Los astros me parecían millones de cascabeles de plata que agitase arriba un viento divino.

LAS HIERBAS DE LA COLINA

A Ana López Díaz.

En ese espolón de cerros que avanza sobre el valle, tupido bosque de boldos y pataguas hace un siglo, ha brotado la hierba con la espontaneidad de una cabellera de la tierra.

Cuando cayeron los troncos, que el filo del hacha derribó y cuando, más tarde, se desenterraron sus raíces, la hierba cubrió el lomo desnudo de la colina.

¿De dónde vinieron estas hierbas, miles de hierbas, distintas e iguales, sin embargo?

Nadie las sembró sino el tiempo y sus eternos aliados los insectos y los pájaros o el viento alegre, cómplice de todos los amores del campo.

Aun llegan los pájaros a los boldos que sobreviven en la colina, frescos refugios de la sombra durante el día: un tordo que descansa de sus aventuras entre las hojas o un zorzal, ahito de gusanos, que modula dos notas dulces, sin cesar repetidas, en su flauta rústica.

Sin embargo, ¿quién advertirá el nacer humilde y la ignorada muerte de las hierbas anónimas de la colina?

Porque para el hombre del campo esas hierbas no son sino un forraje útil y para el viajero un oasis de frescura, bajo el aire inundado de sol y sobre la tierra, roja de polvo.

Sólo un poeta o un botánico lograrán entender su vida mínima. Sólo ellos sabrán de las hierbas que viven y mueren en la colina, bajo el ala del viento.

Hojas, innúmeras hojas, redondas, agudas u ovaladas, de un verde plateado o de oro y florecillas rojas, amarillentas o rosadas, como el rocío de la aurora, que aman las abejas y los moscardones y sobre las que celebran sus nupcias las mariposas anaranjadas con las blancas, siempre vestidas de novia.

Entre sus hermanas se arrastran las guías de la gualputra, vacia en el aire la venenosa pichoga su acre aroma, mira la linaza con sus ojos azulcelestes y se asombra, al sentir la luz, la pupila de oro del corecore, retuerce el alfilerillo su índice oscuro en el aire cálido y la china encrespa los encajes plebeyos de sus pétalos, entre las rojinegras romazas y las hojuelas agudas de la sietevenas, tan caras a las vacas y a las ovejas.

Al mediodía, la colina es una ola verdeoro, peinada por el viento; al atardecer, un reposo de sombras violetas en el cuerpo de la noche.

Hierbas, útiles o nocivas, conocidas o anónimas modestas hierbas de la colina, amadas de los insectos y del viento, yo os admiro y os quiero.

Vuestras hermanas del valle, de más alcurnia, nacen y prosperan para engordar panzudas lecheras de Holanda y caballos de raza; no andariegas ovejas y cabras ágiles.

Al llegar abril, abrasa el otoño la frescura de las hierbas de la colina y agota su savia olorosa. Semillas y tallos rotos yacen sobre la tierra fatigada. Las hormigas, diligentes, siegan y trillan, llevándose a sus negras galerías la cosecha pacientemente acumulada.

Y en vano cruza, ahora, el viento por las hierbas de la colina.

Sólo un crujido leve, un cascado roce de cálices deshechos, de élitros trizados, de hojas marchitas responde a su llamado, a su rumoroso mensaje sin edad.

LLORAN Y RIEN LOS TRONCOS EN LA LOMA

A Juan Uribe.

Rojeando la aurora se aproxima el hachero al espinal de la loma. El hacha va en el hombro derecho del leñador. El filo de acero brilla con plateados fulgores a la luz recién nacida.

En el declive de la loma, aun envuelta en sombras, se retuercen los añosos espinos, ávidos de agua y de luz y se retuercen sus brazos, donde blanquean las espinas, como pequeñas uñas infantiles.

Semejan gigantescas patas de araña las ramas oscuras y arañas que se han hecho árboles son los espinos de la cordillera de la costa.

Semejan gigantescas patas de araña las ramas oscuras y arañas que se han hecho árboles son los espinos de la cordillera de la costa.

Comienza su tarea el hachador. Derriba el hacha espinos viejos y nuevos. Se desploman los nudosos troncos y azotan la tierra los ramajes, aguzados como garras. Ruedan por el suelo restos de nidos, amarillas plumas de chiriguas y grises de tencas y chercanes y se pierden en el polvo las semillas de espinos, que se desprendieron de las quirincas.

Ya existía el horno, horno veterano, cuando el carbonero llegó al espinal de la loma. Joroba morena, gris hinchazón de la tierra gris, cuya redonda cúpula la agujerean los circulitos negros de las troneras.

Dos jornadas, dos soles que nacieron y murieron y un montón de troncos y de ramas, junto a la boca del horno.

Muchos de esos troncos son anchos, macizos, erizados de ramillas tiasas como crines. Parecen hirsutas cabezas de indios recién desenterrados. Las raíces se enredan y se anillan, seme-
jando culebras en celo. Algunos troncos, por la altura de sus vás-

tagos, recuerdan cornamentas de ciervos y los hay como manos que piden auxilio, pero a todos los hermana un dolor común, el gesto trágico, de las cabezas cortadas o de los brazos, violentamente desprendidos del cuerpo.

Alma rebelde, de hosca hurañez la de los troncos de espino, amontonados por el carbonero a la vera del horno.

Aun se adhiere a las raíces la tierra arcillosa, donde vivieron durante siglos, pero las heridas, abiertas por el hacha, sangran sin cesar. Conservan, mutilados, su vigor y aun circula la savia por sus vasos leñosos; sin embargo, sus heridas son mortales y los troncos se quejan lastimeramente, con un clamor apenas perceptible.

Sólo el hachador que duerme al abrigo del horno, lo puede advertir y cree escuchar trémulas voces de otro mundo.

Son miles de velados rumores: cric cric de cortezas que se parten, gotear de savia, desprendida de los tejidos muertos, áspero desplazamiento de los troncos que buscan su equilibrio en el declive. Ruidos misteriosos, voces lejanas que gimen sin término y se confunden con el criquilar de los grillos y con el estrelleo de plata de los astros en la alta noche.

Añoran, quizá, los troncos, la copa, empapada de aire azul y de trinos de pájaros, que sostuvieron en la loma, el perfume vernal de sus flores de oro, la presión de los nidos en la horcadura de las ramas y abajo, en un hueco del tronco, el suave deslizarse de las culebras recién nacidas o el agua de ocultas vertientes que humedeció sus raíces.

Ahora, el hombre es el dueño de su destino. Pellas de barro han cerrado las troneras. Tapiada la boca, la chispa de fuego, átomo encendido, morderá las cortezas y la pulpa viva de los troncos, encerrados en el horno.

En vano crepitarán las secas fibras y burbujeará la savia prisionera.

En el crisol de greda del horno, purificados por el fuego,

los troncos de espino serán, dentro de poco, pedazos de sombra, frágiles barras de carbón.

Es como una fulgurante y alegre resurrección la que palpita, ahora, en sus negras entrañas.

Cada trozo de carbón, al chisporrotear en braseros y fogones, es una boca de oro, una ígnea carcajada de llamas que mueren en un bostezo de ceniza.

Ceniza, sublimación de los espinos, polvo aéreo, inasible, que recuerda el humo que se escapó por las troneras al finalizar la combustión y que es como el alma de los espinos, caídos en la loma, al llamear el sol una mañana y al morir, en los cerros azules de la costa.